

Santiago Montobbio, *Vuelta a Roma*, Alhaurín el Grande, Los libros de la Frontera, El Bardo colección de poesía 54, 2020, 351 pp.

A algunos lectores les pueden entrar dudas sobre si las obras que Santiago Montobbio publica como libros de poesía cabe calificarlas de este modo. El propio autor es bien consciente de las problemáticas que, al respecto, plantean sus creaciones literarias. Por dos veces en su *Vuelta a Roma* saca a relucir la cuestión, y en parecidos términos. En la primera dice estar escribiendo “este poema o lo que sea” (62), y en la segunda casi calca lo antedicho (215), como dando a entender que remite a otras personas dilucidar qué clase de literatura sería la que hace. El autor se autodefine como poeta, y de más de un texto suyo se desprende que tiene de la poesía un concepto tan amplio como el que plasmó Gustavo Adolfo Bécquer en aquella conocida rima IV en la que parecía situarla en la realidad misma, no tanto en la escritura.

Por no abundar en esa controversia, señalo que los textos de Santiago Montobbio pertenecerían al género de una manera *sui generis*, dado que no se atienen a las pautas más esperables por usaderas, pues los indicadores que suelen aducirse por la crítica para valorar la creación poética no comparecen demasiado, por lo general, en la práctica lírica de este escritor barcelonés. Señalo al respecto como una muestra indiciaria la imagen que proyecta el autor como poeta. En *Vuelta a Roma* resultan atípicos los lugares en los que el hablante dice haber ido escribiendo el libro, la mayoría exteriores, a veces andando, en otros momentos en espacios de interior, entre ellos iglesias, o incluso en una ocasión a oscuras en un cine. Apenas nada que ver con la imagen consuetudinaria con la que solemos imaginarnos a quienes escriben poesía en un ámbito propicio que invita a la concentración y a la *labor limae*.

Uno de los rasgos del quehacer poético de Santiago Montobbio, rasgo del que esta obra participa grandemente, consiste en que el hablante al que ha cedido su voz va trasladando al papel lo que piensa, recuerda, imagina, pretende, y asimismo lo que le ocurre en cada momento en su deambular romano (calles, vías, puentes, jardines, fontanas, palacios, estatuas, edificios y sitios monumentales), y en sus visitas a instituciones de naturaleza cultural y docentes, a establecimientos de restauración, y sobre todo a iglesias, muchas de ellas recoletas e íntimas.

A vueltas de trasladar al papel lo que hace el andariego viajero, lo podemos situar en panaderías, trattorias, hosterías, restaurantes, tabernas, y asimismo en bares, en este último supuesto nunca interpretados como ámbitos de bohemia, al estilo acostumbrado de los poetas de la experiencia y sus epigonales continuadores. Se trata siempre de dejar constancia de la cotidianidad que se está viviendo a cada instante, cotidianidad en la que tienen un muy especial relieve las iglesias que tanto atraen al viajero, y de las que hay en este libro un auténtico muestrario. Sin duda es una frecuentación temática rara en la poesía contemporánea, aunque tampoco única, por descontado, porque la hemos

podido advertir en el breve pero importante libro *Al margen de los faroles*, que publicó en 2019 Zindonia Zingone, poeta italiana pero de expresión española a quien se alude en más de un lugar de *Vuelta a Roma*, y precisamente en virtud de esa querencia.

Ambos espacios, el del condimento, y el eclesiológico, dan ocasión para que en la obra de Santiago Montobbio comparezcan motivos muy poco habituales en libros de poesía, como son los de índole gastronómica, así en el siguiente pasaje de exaltación alimenticia: “En Italia todo es bueno. El aceite, / el tomate, la ensalada. La albahaca. / Lo pienso mientras tomo una bruschetta / pomodoro e basilico...” (75). Los espacios sagrados, sin embargo, constituyen una suerte de rosario espiritual al que se acude repetidamente, y en el que se ven o se presuponen representaciones angélicas a las que se acoge el viajero y a cuyo albur protector se encomienda simbólicamente él y su poesía. Tiene coherencia entonces la dimensión sagrada subyacente en la poética del autor, que en el libro se explicita al afirmar el hablante que “el canto viene de / adentro y se guarda / dentro, pero su destino / está en lo alto.” (313-314) De otro modo dice lo mismo en otra secuencia de la obra, donde leemos: “El / cielo que es el lugar del canto, / al que se eleva el canto, / y desde lo más profundo del corazón...” (340)

La obra poética de Santiago Montobbio no es una *rara avis* sola en la poesía española en otorgar a la familia una presencia textual notable, presencia que en *Vuelta a Roma* ejemplifican las menciones a primos romanos, a una hermana, a su abuelo, a sus tíos, a su madre y al progenitor. La interpelación materna en los libros de poesía de este poeta de Barcelona suele adquirir un rol muy considerable, mucho más preponderante que el que leemos en otros autores masculinos a los que también la figura de la madre adquiere relieve en sus versos, pues participa de algún modo en la escritura del hijo refiriéndose a lo que este escribe con comentarios, además de ser invocada textualmente muy a menudo como constante compañía.

Con todo, el alto grado de comparecencia textual del padre creo que distingue esta obra de Santiago Montobbio de las anteriores, porque ahora la figura del progenitor adquiere un protagonismo inusitado, y dota al libro de una de sus motivaciones y sentidos más profundos. *Vuelta a Roma* es fruto de un viaje a la capital italiana, cierto, de un viaje real, no ficticio, el que llevó a cabo Santiago Montobbio del 26 al 31 de marzo de 2019, desplazándose a la ciudad para intervenir en la presentación de su libro *Viaje a Roma*, alojándose en la Real Academia de España en Roma, sita en la Plaza San Pietro in Montorio.

El compromiso que comportó el viaje devendría enseguida un viaje interior de reencuentro consigo mismo merced a la memoria paterna en un espacio urbano en el que su padre había vivido durante años. Ese espacio es recorrido de nuevo y una vez más, no porque pretendiese reencontrarse con el autor de sus días, sino porque perdiéndose el viajero en ese entorno le sale al encuentro impensada y misteriosamente, en parte gracias a un enclave de histórica huella española de la ciudad del Tiber, el Trastevere. Allí su padre llegó a vivir en tiempos de la guerra civil española, habiendo escapado de Barcelona al saber que, por ser miembro de las congregaciones marianas, lo fueron a buscar a su casa para matarlo, convirtiéndose e una clase de exiliados de los

que nada se divulga porque su exilio no se debió al franquismo, sino que fue causado por situaciones achacables a males intrínsecos de la propia República. *Vuelta a Roma* constituye, al demorarse en muchos momentos y en extensos poemas narrativos en la relación del padre con Roma, un diálogo con el padre también desde los recuerdos suscitados por Roma.

El libro fue haciéndose, conforme asegura el hablante, sin previa planificación, a vueltas de tantas evocaciones paternas, y a vueltas también de que la propia Roma le impuso la escritura de los sucesivos textos, pues “Roma te asalta en su belleza, se hace / a cada paso poemas, pide en ellos ser dicha.” (65) Libro escrito sin pretenderlo, ha sido un regreso, un regreso físico, emotivo, interior, a Roma, de ahí su título, preferido a otros que también se barajaron como titulación, entre ellos *Vislumbres de Roma*, o *Agua de Roma*, “porque es verdad que es fundamental / en mi poesía en ella escrita.” (287), puntualiza Santiago Montobbio.

José María Balcells Doménech